

DON QUIJOTE POR DENTRO: EL MADRIGAL (DQ II, 68)¹

Jaime FERNÁNDEZ, S. J.
Universidad de Sophia. Tokyo

BIBLID [0213-2370 (2007) 23-1; 109-121]

El madrigalete que don Quijote canta en la noche, y el contexto en el que aparece (DQ II, 68), proporcionan una clave fundamental (“temor” y “esperanza”) para apreciar la evolución tan humana y verdadera del caballero en esta narración de sus aventuras, que constituye una bella metáfora de la vida humana.

The “madrigalete” that don Quixote sings in the night and the context in which it appears (DQ II, 68), provides a fundamental clue (“fear” and “hope”) to understand the human evolution of the knight, a beautiful metaphor of human life.

AFIRMA UNAMUNO EN SU *Vida de don Quijote y Sancho* que el madrigalete que, entre suspiros y no pocas lágrimas, canta don Quijote tras la cerdosa aventura, es expresión de “lo más recóndito, lo más profundo, lo más entrañable de su locura de gloria” y descubre “los abismos de su locura”.² Con todo mi respeto por el insigne autor, estimo yo, sin atreverme a afirmar tanto, que el bello madrigalete es como un cristal que permite entrever el mundo interior del caballero. Y lo es por los motivos que irán apareciendo a lo largo de estas páginas.

Si nos fijamos en la ubicación estructural y en el contexto de la canción, ésta viene a ser como el desenlace de una unidad narrativa que se desarrolla durante toda una noche. Se trata de una secuencia en que abunda la ironía, como ya han notado los comentaristas y estudiosos de la novela: la aventura se califica no de “peligrosa”, como debería ser, sino de “cerdosa” (Morreale 492); la noche era “algo oscura” se dice, cuando en realidad era oscurísima; se le llama a la luna “la señora Diana que se va a pasear a las antípodas”; hay una referencia a la serenidad de la noche y a la soledad del lugar, que acabarán muy pronto gracias a la discusión entre caballero y escudero, ya que éste se niega a azotarse por Dulcinea y, sobre todo, gracias a los seiscientos cerdos que gruñendo y bufando ensordecedoramente van a derribar y a hollar sin piedad a los dos personajes, no obstante haberse alejado del camino real para pasar la noche.

Pero no sólo la ironía. También pueden apreciarse en abundancia la burla y la broma. Porque resulta cómico que Cide Hamete no distinga bien el árbol, ¿haya o alcornoque?, a cuyo tronco se arrima para cantar y sollozar don





Quijote,³ o que mezcle equívocamente “cantar”, “suspirar” y “sollozar” (Percas 119). Igualmente no se descarta que haya un guiño burlesco en la posible connotación erótica del verbo “desfogar” usado por el caballero: “daré rienda suelta a mis pensamientos y los desfogaré en un madrigalete”.⁴ Aún más, esta forma diminutiva que usa don Quijote en lugar de *madrigal*, aunque sin ser despectiva, apunta a algo menor, no acabado.⁵ Finalmente, resultan cómicas ciertas palabras como “coplear” que usa Sancho para calificar el desahogo de su señor, o expresiones como “al son de sus mismos suspiros”, de que se sirve el narrador para ridiculizar la dolorida canción del caballero.

Dolorida canción, sí. Es más, triste y bella canción, acompañada de lágrimas, constituyéndose en una verdad de la que tampoco puede dudarse. Lo cual no debe extrañar al lector, porque, como en todo lo que Cervantes toca con su pluma, también aquí, en el contexto ambiental de este precioso madrigal, es lógico que aparezcan la seriedad y la burla, la alegría y la tristeza, es decir, que aparezcan los aspectos contrapuestos de toda realidad⁶ y los componentes dispares de todo auténtico humor, ya que el humor, como alguien ha definido con acierto, “es... cuando, a pesar de todo, nos reímos”.⁷

Acercándonos un poco más a las palabras de que se vale el autor para componer este bloque narrativo, notamos al punto toda una serie de términos de tonalidad más bien grave y seria, como noche, oscuridad, tinieblas, luz, pensamientos, esperanza, temor, tristeza; términos que destacan precisamente por el ambiente ligero o burlesco en que aparecen, y que constituyen como un *leitmotiv* que, sin repetirse en exceso, está ahí, en el fluir de lo narrado y que es preciso tener en cuenta para captar el último sentido del pasaje y de la novela, sobre todo, en esta Segunda Parte.

Todos estos términos deben entenderse también teniendo como telón de fondo la diferencia entre las posturas vitales de don Quijote y de Sancho. Estas posturas que aquí en este pasaje se subrayan principalmente por referencia al velar y al dormir, aparecen como contraposición repetida con insistencia: “pero (Sancho) consideraba no ser posible ser siempre de día ni siempre de noche, y así, pasó aquella noche durmiendo, y su amo velando” (fin del capítulo precedente). Luego don Quijote le despierta y le recrimina su dureza y su falta de sentimientos: “Yo velo cuando tú duermes, yo lloro cuando tu cantas, yo me desmayo de ayuno cuando tú estas perezoso y desalentado de puro harto”. Finalmente, resume el caballero esta diferencia: “Duerme, tú, Sancho [...], que naciste para dormir; que yo, que nací para velar”. Y así, mientras Sancho dormía, don Quijote velaba cantando el madrigal durante el resto de la noche.

Y esto es importante para comprender un sentimiento compuesto de don Quijote que es, en mi opinión, uno de los que mejor ayudan a comprender



su estado interior, y que, encuadrado en ese contexto de “dormir-velar”, aparece hasta dos veces en el pasaje que estudiamos: la primera es una afirmación de don Quijote, la segunda es una negación de Sancho. Don Quijote hace suyo el famoso emblema: “post tenebras spero lucem”. Y Sancho entonará, acto seguido, unas bellas y realistas alabanzas al sueño y al que lo inventó, diciendo: “sólo entiendo que mientras duermo ni tengo temor ni esperanza”. Lo cual quiere decir que, si Sancho sigue aquí burlescamente la ética estoica de la imperturbabilidad o *ataraxía*, “ni temor ni esperanza”, don Quijote aparece tremendamente humano, débil y fuerte al mismo tiempo, sintiendo la oscuridad pero sin perder la esperanza en la posible luz.⁸ Con todo, ha de notarse que su debilidad y su fortaleza son muy distintas a las que pudo tener en la Primera Parte de sus aventuras.

Temor y esperanza constituye un sintagma que de varios modos aparece en toda la novela, especialmente en los poemas de la misma. En la Primera Parte puede apreciarse en la *Canción desesperada* de Grisóstomo (I, 14), y en el ovillejo de Cardenio (I, 27). En ambas composiciones la esperanza está negada, afirmándose con intensidad la oscuridad y el temor y la locura.⁹ También vuelve a aparecer la esperanza en las dos canciones del mozo de mulas, que es en realidad el joven don Luis: *Marinero soy de amor* y *Dulce esperanza mía* (I, 43), y en ellas, aunque transida de tristeza, la esperanza está bellamente afirmada. Sea como fuere, en todas estas instancias temor y esperanza están referidos al amor, a la vida y a la muerte.

Sin embargo, ninguna de estas composiciones poéticas está referida al don Quijote de la Primera Parte.¹⁰ Son poemas de contenido serio, poemas que describen problemas de la gente normal. Y don Quijote no es normal, al carecer de verdadera vida interior en sus dos primeras salidas. La razón esta ausente. Su entusiasmo es cercano a la ceguera. Ni le duelen los golpes que recibe, ni conciencia el dolor. De ahí que no haya lugar para la tragedia o el patetismo.¹¹ Sus “cuidados”, sus “pensamientos” o su tristeza, todo es inventado, acomodado a sus caballerías, con la mira puesta en la imitación de Amadís, como si de un consumado actor se tratase. De ahí que tenga que inventarse y construirse un mundo alejado de su verdadera realidad. Así cuando llega a Sierra Morena, a un apacible lugar, y decide a hacer penitencia a imitación de Amadís, sin motivo alguno, da por sentado que no tiene juicio (“como si estuviera sin juicio”), y transforma el apacible paraje en “inhabitable lugar”, lleno de asperezas e imaginados celos.¹² La voluntad del personaje tenía entonces un dinamismo impresionante. El “yo sé quien soy”, con que empezara a definirse a sí mismo ante el bueno de su vecino Pedro Alonso, ha quedado arrinconado, cobrando toda su fuerza el final de la misma definición, el “sé que puedo ser”, la dimensión de la voluntad. La razón está



ausente. Por eso, la penitencia por Dulcinea (elegimos este pasaje entre otros muchos) no tiene justificación alguna, y los versos “acomodados a su tristeza” resultan cómicos y burlescos, ya que dicha tristeza es inventada, y su expresión poética aparece trufada con palabras de tan antipoético tono como “cogote”, “pipote”, etc. Si “lloró ausencias de Dulcinea del Toboso” (I, 26), la expresión de esas lágrimas, indica el narrador, sólo provocó en los que llegaron a conocerlas no poca risa.¹³

Sin embargo, en la Segunda Parte de sus aventuras, y muy concretamente en el pasaje en que aparece el madrigal, el tono general es serio, no obstante las pinceladas cómicas y burlescas. Con sólo comparar el madrigalete y esos versos, “grotescamente ramplones”, del caballero haciendo penitencia por su dama, puede verse la diferencia innegable entre ambos momentos.¹⁴ Ahora, el personaje parece dirigirse con frecuencia a su interior, y el narrador no tiene más remedio que dejar constancia de esa mirada. Dulcinea sigue siendo para el caballero la señora de sus pensamientos, pero la siente ausente. La fe ciega con que antes creía en su dama ahora se ve minada por las dudas. Ciertamente que Dulcinea está retratada en su corazón hasta confundirse con él, o la tiene grabada en la tabla rasa de su alma, siendo imposible borrarla. Pero la realidad es otra y ahora don Quijote no puede cambiarla. Don Quijote busca a Dulcinea pero no la encuentra. Ni siquiera en el último momento: “Dulcinea no parece...” (II, 73). El caballero ha de vivir “temiendo y esperando”.

Don Quijote en la Segunda Parte sufre este cambio, creo yo, porque se ha podido distanciar de sí mismo, al pensarse como personaje de un libro donde se relatan sus hazañas y aventuras. Es la noticia que trae Sansón Carrasco y que le deja “pensativo”, es decir, preocupado, y “envuelto y revuelto en... muchas imaginaciones” (II, 3). Al mismo tiempo, Sancho le informa de lo que rumorea la gente sobre él: el vulgo le tiene por grandísimo loco; y las opiniones son varias: loco, gracioso, valiente, desgraciado, cortés, impertinente. Pero, además, don Quijote se va dando cuenta de que la vida no es algo que él pueda enteramente decidir por su cuenta, sino algo que hay que aceptar, ya que entran en juego otros factores que no dependen de uno mismo, como la vuelta a su aldea encantado sin remedio y enjaulado sobre una carreta de bueyes, o como la noticia sorprendente de ese autor moro que ha escrito ya parte de su vida... Sin embargo, no pierde enteramente la fe. Las dudas le acompañan, pero también la esperanza. De ahí, la verdad de ese sintagma tan humano, “temiendo y esperando”, que aparece por primera vez al final de los consejos dados a Sancho con ocasión de la embajada a Dulcinea: “Ve, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mía, y vuélvete otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas” (II, 10).



“Temiendo y esperando” volverá a aparecer en la glosa de don Lorenzo, hijo del caballero del Verde Gabán: “Vivo en perpleja vida,/ ya esperando, ya temiendo:/ es muerte muy conocida,/ y es mucho mejor muriendo/ buscar al dolor salida./ A mí me fuera interés/ acabar, mas no lo es,/ pues, con discurso mejor,/ me da la vida el temor/ de lo que será después” (II, 18). Si el texto no registra comentario alguno de don Quijote en torno a los poemas que tratan de la esperanza en la Primera Parte, ahora sí queda anotado y puesto de relieve. Y es lógico que don Quijote alabe tan encarecidamente este poema, calificando al joven como el mejor poeta del orbe, no ya porque se trate de un poema de Cervantes, sino porque está retratando fielmente el drama tan humano que tiene lugar en el alma del caballero: temor y esperanza al mismo tiempo, sin la posibilidad de recuperar el tiempo pasado, el de la juventud ardorosa de sus caballerías, ni precipitar el futuro. Porque el “discurso”, es decir, la razón, está ahora presente. Y la ilusión (el sueño) de la Primera Parte queda en entredicho,¹⁵ aunque sin desaparecer. La ilusión no es sólo un engaño. Es algo más; apunta a algo impreciso pero verdadero, algo necesario para vivir. Por ello, y aunque a duras penas, será mantenida hasta el último momento.¹⁶

La única solución ahora, el mejor camino, es no perder la esperanza. El descenso a la cueva de Montesinos, que viene a ser como una mirada profunda de don Quijote a su mundo interior, nos proporciona un dato valioso en relación con el tema que tratamos. El “paciencia y barajar” del tumbado a la bartola Durandarte en dicho episodio no es más que una proyección humorística de la necesidad de esperanza que tiene lugar en el subconsciente de don Quijote. Llena de humor, y a la vez enteramente verdadera, si se la compara con la trágica duda expresada en la “Canción desesperada” de Grisóstomo: “¿puedese, por ventura, en un instante esperar y temer?” (I, 14); o con la afirmación tajante expresada en el ovillejo de Cardenio: “en mi dolencia/ ningún remedio se alcanza/ pues me matan la esperanza...” (I, 27). El caballero comprende que ha de aceptar la vida como es. Y esta actitud es bella y verdadera, si se compara con la expresada por Grisóstomo en su “Canción desesperada”. Si, para el joven Grisóstomo, Marcela era una existencia inaccesible, mucho más inaccesible es Dulcinea para don Quijote. Grisóstomo acaba totalmente desesperado. Don Quijote, no. Don Quijote sufre y teme, pero conserva la esperanza.

Todo el dolor y la preocupación que invaden el alma de don Quijote provienen de un fuerte sentimiento de soledad. Soledad debida a una ausencia. Don Quijote no siente a su dama, no siente el amor. No siente el deseo de vivir que sentía en sus dos primeras salidas, e incluso puede que se cuestione en un nivel profundo el sentido de la vida. Y necesita algo o alguien que le



anime: necesita la ayuda de Sancho y la bendición de la señora de sus pensamientos; o mejor dicho, necesita la ayuda de Sancho, porque sin dicha ayuda, el encuentro con la dama será imposible. Si antes las “ausencias de Dulcinea” se quedaron en sólo unos versos ramplones, ahora no son “ausencias”, en plural, sino “ausencia”, en singular, un vacío total y continuado, que eso viene a ser el encantamiento de su dama, un vacío que le llena de tristezas verdaderas y de pensamientos que le llevan “fuera de sí”. Porque Dulcinea es su vida y, como indicamos antes, está prácticamente identificada con su corazón y con su alma.¹⁷ Por eso, tiene ahora en palabras de Sancho, casi anulado el corazón, “no mayor que una avellana” (II, 10). La soledad de don Quijote será una soledad de raíces al aire: Sancho, aunque le quiere hasta el punto de no poder dejarle, no le ayudará como él quiere ni podrá comprenderle nunca, ya que no entiende la importancia de Dulcinea. Don Quijote sufre, y no sólo debido a esa falta de comprensión de su escudero. En el palacio de los duques hay más de un personaje, Altisidora, por ejemplo, que intentará burlarse de Dulcinea. Pero Don Quijote no renunciará a la señora de sus pensamientos, porque sería renunciar a sí mismo y a su forma de vida. Así toda la Segunda Parte está plagada de términos que tratan de llamar la atención del lector para que no olvide el sufrimiento interior del personaje: melancolías, tristeza, pensamientos, pensativo, cuidados, pesadumbre, noche, oscuridad, etc.

Don Quijote vela. Nadie va a escuchar su canción. La canción que canta es una clave para conocer su interior, lo que ahora siente de verdad. El autor nos dice que tenía el corazón traspasado con el dolor del vencimiento y con la ausencia de Dulcinea. El lector recuerda aquí y hace suyas unas palabras del mismo don Quijote a Sancho, poco antes de su encuentro con el caballero del Bosque: “Escuchémosle, que por el hilo sacaremos el ovillo de sus pensamientos, si es que canta; que de la abundancia del corazón habla la lengua” (II, 12). Así pues, oigámosle:

Amor, cuando yo pienso
en el mal que me das, terrible y fuerte,
voy corriendo a la muerte,
pensando así acabar mi mal inmenso;
mas, en llegando al paso
que es puerto en este mar de mi tormento,
tanta alegría siento,
que la vida se esfuerza y no le paso.
Así el vivir me mata,
que la muerte me torna a dar la vida.
¡Oh condición no oída,
la que conmigo muerte y vida trata!



El hecho de que don Quijote haya pensado en este madrigal y que con todo cuidado y esfuerzo lo haya ido recordando, que es lo que quiere decir “compuse en la memoria”,¹⁸ indica que su contenido le ha parecido ideal para expresar lo que ahora pasa por su alma. Además, el que este poema no sea del caballero significa que eso que ahora tiene en el alma, lo que ahora siente, no se refiere a algo particular y concreto, algo así como el imaginado desdén de Dulcinea cuando la penitencia de Sierra Morena, sino que apunta a algo más universal y humano. Dulcinea no se nombra. Sólo se dice “Amor”.

El amor ha estado desde un primer momento en la vida del caballero.¹⁹ Entonces cuando todo comenzó, más que de amor sentido espontáneamente, hablaba él de amores, y expresaba la necesidad de tener amores, de enamorarse (“porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma”, I, 1), de ser enamorado (“digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es a los tales ser enamorados como al cielo tener estrellas”, I, 13). Y todo ello, no porque don Quijote lo fuese en realidad, sino porque para ser un caballero andante como los de los pasados siglos tenía que tener una dama y enamorarse. Dulcinea nacía así como algo, al parecer, natural; pero, en realidad, sólo natural en cierto sentido, ya que era un elemento necesario en el mundo artificial de la caballería que se había creado don Quijote con la fuerza de su voluntad. Así en un primer momento se trataba de un amor de imitación, de ensayo. Pero, ahora tal como aparece en este madrigal, no; ahora el amor es como una necesidad, como algo hondamente sentido, desde que en su tercera salida quiere ver a Dulcinea y recibir su bendición. Ahora es un amor concienciado. Pero, a la vez, un amor que no puede realizarse plenamente, y por eso le hace sufrir. Un amor que no es perfecto, un amor que es humano, donde está mezclada la razón. Por eso, Dulcinea está transformada, encantada; el amor no es lo que debiera ser; y él se siente el más desdichado de los hombres (II, 10). Curiosamente, ahora ya no ve la necesidad de hacer ninguna penitencia, porque su penitencia es aceptar la vida como es, la realidad humana con sus limitaciones. Y aunque todo ello le sitúa en una amarga soledad y le causa temor, no por ello pierde la esperanza (II, 10).

Soledad sin Dulcinea. Ausencia de Dulcinea. La señora de sus pensamientos ha desaparecido. Es lógico que este vacío, que esta ausencia, produzca temor. Y el temor deprime. Por ello, sus pensamientos no tienen objeto a quien dirigirse, ni tienen respaldo, ni tienen sentido. De ahí que, como dice el texto en varias ocasiones, se vea acosado por sus pensamientos que le llevan “fuera de sí” (II, 11), pensamientos “tristes” (II, 65), pensamientos que, “como moscas a la miel, le acudían y picaban” (II, 67), que no le dejan conciliar el sueño, etc. De ahí la cantidad de veces que aparece la palabra melanco-



lía, y tristeza, que en definitiva están íntimamente vinculadas con el término “soledad”, viniendo a ser casi sinónimos.²⁰ Todo ello le hace sufrir hasta el punto de sentirse morir. Pero el hecho de que ese sufrimiento, ese amor herido, pueda acabarse con la muerte, “pensando así acabar mi mal inmenso”, le hace sentirse tan dichoso y feliz que vuelve a sentir la fuerza de la vida.

Siendo esto así, lo único que le queda a don Quijote es Sancho, su compañero, su otro yo. Como el mismo don Quijote le dice: “Juntos fuimos, juntos salimos, juntos peregrinamos. Una misma suerte y una misma fortuna ha corrido por los dos” (II, 2). Por eso quiere que colabore con él, que haga, si preciso fuera, teatro, que, en una palabra, sintonice con él y le ayude a soportar su soledad.²¹ Todo lo de la embajada al Toboso en II, 10 apunta en ese sentido. Pero Sancho no sabe cómo ayudarle. Al contrario, va a hundirle aún más en la miseria. Sancho es el único alivio y el único apoyo que tiene en su soledad. Pero es, precisamente, el que menos puede remediarla. No es que Sancho no le aprecie. Sancho le quiere como a las entretelas de su alma, y no puede dejarle por más locuras que haga, como le dice al escudero del Caballero del Bosque.²² Pero es muy diferente, como ya indicamos. Ni puede participar plenamente del universo creado por su señor ni sintonizar con sus imaginaciones. Por todo ello no es de extrañar que vayan apareciendo en las relaciones con su señor ciertos rasgos de autonomía. Precisamente ahora, tras ser hollados por la gran piara de cerdos, Sancho enfatiza su independencia, le dice claramente a don Quijote la diferencia que media entre ellos, y concluye con cierta sorna: “¿Qué tienen que ver los Panzas con los Quijotes?” (Williamson 196). No obstante, don Quijote no tiene a nadie más. Para él, Sancho es tan importante como Dulcinea. Si don Quijote llora cuando canta el madrigal al recordar a Dulcinea y sentir su ausencia, también llora al presentir la ausencia de Sancho, que parte para el gobierno de la ínsula.

Esta soledad que padece el caballero es lo que queda expresado en ese comienzo del madrigal: “Amor, cuando yo pienso/ en el mal que me das, terrible y fuerte...”. Es decir, lejos de proporcionarle gozo y alegría, el amor le hace sufrir inmensamente. Porque no lo siente, porque no lo encuentra. Y esta situación le produce temor. Porque si todo verdadero amor es, al mismo tiempo, alegría y esperanza para el hombre, el vacío que produce no sentirlo, llena a la persona de tristeza, de melancolía, de temor a que las cosas carezcan de sentido, de temor a que el propio esfuerzo carezca de finalidad: “No sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos” (II, 58); en una palabra, de sentir como una solución el fin de todo: “voy corriendo a la muerte,/ pensando así acabar mi mal inmenso”.



Don Quijote necesita, más que nunca, compañía y comprensión, algo que alimente su esperanza. En este sentido es revelador el descanso que va a experimentar al caer en las verdes redes de la pastoral Arcadia (II, 58) y ser recibido por las pastoras ficticias con estas palabras: *Si gustáis, señor, de ser nuestro huésped, seréis agasajado liberal y cortésmente; porque por agora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre ni la melancolía*. La compañía y la comprensión despoja momentáneamente al caballero de su melancolía, y hace que brote en su alma el agradecimiento verdadero, llevándole incluso a recuperar la figura de la Primera Parte, al proclamar que desafiará a cualquiera que niegue la belleza de las pastoras.

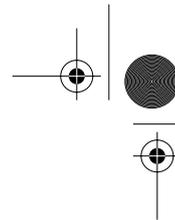
Al mismo tiempo, puede apreciarse por este pasaje, que el miedo o temor de que hablamos en don Quijote, no aparece como un miedo concreto o singular en la Segunda Parte. Lo cual constituye una verdad que el autor quiere dejar bien clara, aunque sea indirectamente. Porque don Quijote no se arrojó ante los leones, y desafió, lleno de valor, al caballero del Bosque, a Tosilos y al caballero de la Blanca Luna.

Temor y esperanza. Si el dolor es tan intenso que puede precipitar el final, el sentimiento de la posible liberación es causa de alegría. Así, queda en el madrigalete sutilmente expresada la esperanza. Tristeza y alegría, dolor y placer, muerte y vida, temor y esperanza. Y esto hasta el mismo final, viviendo honestamente (ya que Dulcinea inspira en él sólo pensamientos castos) y engañándose (pensando haber enamorado a Altisidora), todo para animarse a seguir, entre triste y alegre, cayendo ante los toros y los cerdos y levantándose, aceptando la derrota pero haciendo planes sobre una nueva vida pastoril.²³ Hasta el final. Hasta el mismo final, que acepta consciente: Yo ya no soy don Quijote, sino Alonso Quijano...

En ese final, sólo queda él, con su alma, ante Dios; con su alma, con la que no caben burlas. Con su alma, es decir, con su verdad más honda, con su amor, con su esperanza y su temor, con su vida. Esa vida sobre la que no ha podido triunfar la muerte, como reza el epitafio de Sansón Carrasco: *que la Muerte no triunfó/ de su vida con su muerte*. Esa vida que, lejos ya de burlas o de veras, de insultos o de alabanzas, es para el autor la de un ser entrañable, su criatura, a quien con nombre definitivo, en las tres últimas líneas de su obra, llama: "mi verdadero don Quijote" (Fernández 13-14).

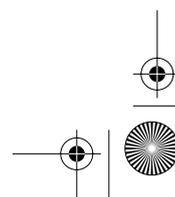
NOTAS

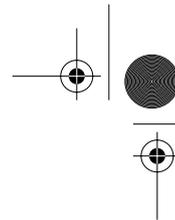
1. Este trabajo, ponencia plenaria en una de las reuniones anuales de los hispanistas de Corea (Seúl, junio de 2003), fue publicado en el número 28 de *Estudios Hispánicos*,



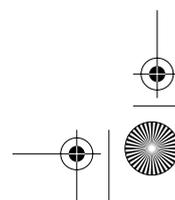
de la Asociación Coreana de Hispanistas. Por estar materialmente rodeado de artículos en lengua coreana y ser de difícil acceso al lector interesado, pensé que sería apropiado incluirlo –con algún que otro cambio– en este homenaje a J. B. de Avalle-Arce, maestro y amigo en el universo de Cervantes.

2. Unamuno. *Vida de don Quijote y Sancho* 209-10. Conviene tener en cuenta también la opinión de Rodríguez Marín (115-21). Para él es importante el lugar y la ocasión en que don Quijote canta el madrigal: no en la tranquila mansión del Caballero del Verde Gabán, ni en los salones del palacio de los duques, sino en los campos y en la noche, después de haber sido vencido por un bachiller disfrazado y hollado por una piara de cerdos. Su canción “revela el más alto grado de delicadeza espiritual”, dice. Y añade: “Sólo entonces logra su mayor sublimidad aquella alma buena, amiga de Dios y de los hombres”. Esta opinión está refrendada por el juicio positivo de Sanz Cuadrado 295.
3. Uso del tópico *arbore sub quadam*. Ver la edición del *Quijote* dirigida por Francisco Rico, p. 1182, nota 22; y la de Vicente Gaos, II, p. 966. Con todo es preciso tener en cuenta que don Quijote aparece otras veces descansando o pensativo arrimado a un árbol (por ejemplo, al final de II, 66). También en I, 35, Anselmo, el curioso impertinente, se deshace en sollozos a la sombra de un árbol. Lo cual quiere decir que, al menos, “a la sombra de un árbol” o “bajo un árbol” es sólo una imagen, sin ulteriores connotaciones burlescas, etc.].
4. *Don Quijote de la Mancha*. Edición dirigida por Francisco Rico. II, 68, p. 1182, nota 22.
5. Ver notas de las ediciones ya citadas de Gaos, II, p. 965 (n. 86); y de Rico, p. 1181 (n. 21). Para Isaías Lerner (833), “madrigalete” es un diminutivo irónico.
6. Para Cervantes la realidad está compuesta de aspectos dispares y contrapuestos. Por citar un sólo pasaje, puede verse el comienzo de I, 22, donde Cide Hamete califica su historia de “gravísima, altisonante, mínima, dulce e imaginada”.
7. Definición de Wilhelm Buch, recogida por Juan Rof Carballo (484), quien la estima acertada por su concisión.
8. El tema del temor y la esperanza es tan radicalmente humano que todo el ser del hombre podría decirse que está tejido con los hilos del miedo y de la esperanza. Recordar el famoso poema de Antonio Machado (*Poesías completas. Canciones de tierras altas*, Poema LXIV, p. 205): “¿Conoces los invisibles/ hiladores de los sueños?/ Son dos: la verde esperanza/ y el torvo miedo./ Apuesta tienen de quién/ hile más y más ligero;/ ella, su copo dorado;/ él, su copo negro./ Con el hilo que nos dejan/ tejemos cuanto tejemos”. Es una prueba más en favor de que el *Quijote* constituye la más feliz y acertada metáfora de lo que es el humano vivir.
9. “Canción desesperada”: y, entre tantos tormentos, nunca alcanza/ mi vista a ver en sombra a la esperanza,/ ni yo, desesperado, la procuro;/ antes, por estremarme en mi querella,/ estar sin ella eternamente juro. [...] . Yo muero, en fin; y, porque nunca espere/ buen suceso en la muerte ni en la vida,/ pertinaz estaré en mi fantasía. (I, 14). Ovillejo de Cardenio: De ese modo, en mi dolencia/ ningún remedio se alcanza,/ pues me matan la esperanza/ desdenes, celos y ausencia (I, 27).





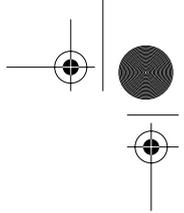
10. Aunque sí podrán servir, por contraposición o por paralelismo, para iluminar el mundo interior del caballero en la Segunda Parte de la novela, como podrá verse por la lectura de este trabajo.
11. Recuérdense la aventura de los mercaderes toledanos (I, 4), el episodio de los molinos (I, 8), el encuentro con los yangüeses (I, 15), los finales desastrosos del ataque a los rebaños de ovejas (I, 18) o de la liberación de los galeotes (I, 22).
12. Avalle-Arce 159-60.
13. En este punto estamos de acuerdo con Bartra 169. El autor indica que la melancolía de don Quijote es ficticia y está encuadrada en un simulacro. Pero creemos que eso sólo se da preferentemente en la Primera Parte de la novela. No tanto en la Segunda.
14. Calificación de John J. Allen 853, quien señala el fuerte contraste existente entre ambos poemas.
15. Flores Arroyuelo 72-74. Breve pero denso comentario a la glosa de don Lorenzo.
16. Albistur 131. Para Albistur, la lección de la novela podría casi encerrarse en estas palabras: “Una ilusión sirve para vivir, pero no para morir”.
17. Como le dijo a Sancho: “Ella pelea en mí, y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser” (I, 30). Como le dijo a la duquesa: “Si yo pudiera sacar mi corazón... Vuestra Excelencia la (Dulcinea) viera en él toda retratada” (II, 32). Como le dijo a Altisidora en su romance: “Dulcinea del Toboso/ del alma en la tabla rasa/ tengo pintada de modo/ que es imposible borrarla” (II, 46).
18. Palacín 205-207. García Yebra 214, opina que se trata de hacer los versos sin escribirlos, guardándolos en la memoria; y concluye que don Quijote quiere hacerse pasar por el autor del madrigalete.
19. Para la importancia del amor en toda la novela, ver “Un libro de buen amor”, amplio capítulo de la ya clásica obra de AVALLE-ARCE 214-60. También ver Antonio Barbagallo 261-67 (esp. p. 264-65).
20. Especialmente puede apreciarse en II, 44, después de haber partido Sancho para la ínsula: “Cuéntase, pues, que, apenas se hubo partido Sancho, cuando don Quijote sintió su soledad; y si le fuera posible revocarle la comisión y quitarle el gobierno, lo hiciera. Conoció la duquesa su *melancolía*, y preguntóle que de qué estaba *triste*; que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas y doncellas había en su casa que le servirían muy a satisfacción de su deseo”.
21. “Sancho, Sancho –respondió don Quijote–, tiempos hay de burlar, y tiempos donde caen y parecen mal las burlas. No porque yo diga que ni he visto ni hablado a la señora de mi alma has tú de decir también que ni la has hablado ni visto, siendo tan al revés como sabes”. (II, 9).
22. “No sabe hacer mal a nadie, sino bien a todos, ni tiene malicia alguna: un niño le hará entender que es de noche en la mitad del día; y por esta sencillez le quiero como a las telas de mi corazón, y no me amaño a dejarle, por más disparates que haga” (II, 13).
23. García Gibert 11-64. Excelente estudio, donde se subraya que la alegría y la tristeza, que son para Cervantes resultados naturales del deseo, aparecen constantemente unidas en su obra; al igual que lo cómico y lo trágico, lo sublime y lo ridículo, la admiración y la risa. Cervantes, dice el autor, es más obediente a la complejidad del corazón humano que a los mandatos de las preceptivas...





OBRAS CITADAS

- Albistur, Jorge. *Leyendo el Quijote*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1974.
- Allen, John J. "El desarrollo de Dulcinea y la evolución de don Quijote". *Nueva Revista de Filología Hispánica* 38.2 (1990): 849-856.
- Avalle-Arce, Juan B. *Don Quijote como forma de vida*. Madrid: Fundación Juan March/ Editorial Castalia, 1976.
- Barbagallo, Antonio. "El Quijote como vida y como obra poética". *Actas II Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Ed. Giuseppe Grilli. Nápoles: Istituto Universitario Orientale, 1996. 261-267.
- Bartra, Roger. "Sobre la tristeza de don Quijote". En *Cultura y melancolía. Las enfermedades del alma en el Siglo de Oro*. Barcelona: Anagrama, 2001. 151-196.
- Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Ed. Francisco Rico. 2 vols. Barcelona: Crítica, 1998.
- . *Don Quijote de la Mancha*. Edición de Vicente Gaos. 3 vols. Madrid: Gredos, 1987.
- Fernández s. J., Jaime. "Muerte de don Quijote: en torno al valor ético del personaje". *Anales Cervantinos* 23 (1985): 9-17.
- Flores Arroyuelo, Francisco J. *Alonso Quijano, el hidalgo que encontró el tiempo perdido*. Murcia: Universidad de Murcia, 1979.
- García Gibert, Javier. "Entre triste y alegre". *Cervantes y la Melancolía. Ensayos sobre el tono y la actitud cervantinos*. Valencia: Edicions Alfons el Magnànim, 1997, p. 11-64.
- García Yebra, Valentín. "El madrigalete de don Quijote". *Traducción: historia y teoría*. Madrid: Gredos, 1994. 203-15.
- Lerner, Isaías. "Quijote, Segunda Parte: Parodia e invención". *Nueva Revista de Filología Hispánica* 38.2 (1990): 817-836.
- Machado, Antonio. *Poesías completas. Canciones de tierras altas*. Madrid: Espasa-Calpe, 1963.
- Morreale, Margherita. "Tropiezos en la lectura del Quijote". *Estudios sobre literatura y arte dedicados al profesor Emilio Orozco Díaz*. Vol. 2. Granada: Universidad de Granada, 1979. 485-94.
- Palacín, Gregorio B. "Sobre el madrigal de Pietro Bembo incluido en el Quijote". *Modern Language Journal*, 46.5 (1962): 205-207.
- Percas de Ponseti, Helena. "Cervantes y su sentido de la lengua: traducción". *Actas del II Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Barcelona: Anthropos, 1991. 111-22.
- Rodríguez Marín, Francisco. "El madrigalete de don Quijote". *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*. Madrid: Atlas, 1949. Vol. 10, apéndice 37. 115-21.
- Rof Carballo, Juan. *El hombre como encuentro*. Madrid: Alfaguara, 1973.
- Sanz Cuadrado, María A. "Doce opiniones sobre el Quijote". *Cuadernos de Literatura* 3 (1948): 285-95.



Unamuno, Miguel de. *Vida de don Quijote y Sancho*. 15ª ed. Colección Austral 33. Madrid: Espasa-Calpe, 1971.
Williamson, Edwin. *The Half-way House of Fiction. "Don Quixote" and Arthurian Romance*. Princeton: Princeton University Press, 1981.

